

Pobres y pobreza de ayer y de hoy. Hacia un enfoque centrado en la acumulación de desventajas

Gonzalo A. Saraví*



I. INTRODUCCIÓN

El presente artículo surge de la confluencia de dos caminos de reflexión teórica. Por un lado, el interés por explorar las transformaciones que han tenido lugar en “los pobres estructurales” y/o “a pobreza estructural” en el contexto de los países latinoamericanos. Sabemos gracias a diversos estudios, mayoritariamente realizados en el Cono Sur (Minujín 1992, Minujín y Kessler 1995, Prelorán 1995), que las tres últimas décadas de crisis y transformación del modelo de desarrollo, y particularmente las reformas neoliberales que asolaron a la región en los años noventa, dejaron como uno de sus saldos más palpables y evidentes la emergencia de los “nuevos pobres”. Producto de la caída y empobrecimiento de los sectores medios, pero también de la indefensión ante la que han quedado expuestas estas capas de la población frente a un mercado que avanza y un Estado que se restringe, la nueva pobreza es una de las transformaciones más claras en que años de crisis y reformas se dejaron sentir en la estructura social. Pero menos conocidas son las transformaciones de la pobreza estructural, y más específicamente los impactos esenciales, y no meramente coyunturales, de los cambios antes mencionados sobre los pobres estructurales.

* Profesor-Investigador del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-DF)
E-mail: gsaravi@juarez.ciesas.edu.mx

Es posible suponer que estos sectores no han permanecido inmunes, no sólo, ni principalmente, en términos cuantitativos (en extensión y profundidad), sino que podemos sospechar que nos encontramos frente a una pobreza estructural cualitativamente nueva. Si la duda nos empieza a inquietar, inevitablemente nos veremos empujados a relecturas, al replanteamiento de preguntas, a nuevos trabajos de campo, a pensar en la necesidad de nuevos enfoques para abordar la “pobreza dura” del nuevo milenio en las ciudades latinoamericanas.

Por otro lado, el segundo camino transitado, no es otro que la lectura crítica, –provista de la suspicacia planteada en el párrafo anterior–, de los artículos que integran este número. Todos ellos discuten y reflexionan sobre la pobreza, mayoritariamente en relación con la experiencia argentina, pero lo hacen sobre la base de perspectivas de análisis distintas, que los llevan a explorar diferentes dimensiones de un mismo fenómeno. En el caso de Vasilachis priorizando una perspectiva relacional, subjetiva y esencialista de la pobreza; en los artículos de Eguía y Ortale haciendo uso de un enfoque centrado en las estrategias de sobrevivencia de los hogares, pero enriquecido por un mayor énfasis en las propias representaciones de los actores; en el artículo escrito por Salles y Tuirán destacando la centralidad de una perspectiva de género, y en el de Bayón transitando de la pobreza hacia un planteamiento en términos de exclusión social. La utilización de distintos enfoques, obviamente, se trasluce en la exploración y énfasis de aspectos diversos: sobre la discriminación, sobre prácticas y representaciones de y al interior de los hogares, sobre desigualdad de género en términos de oportunidades y constreñimientos, y sobre el empobrecimiento de la estructura de oportunidades de los pobres y sus impactos en las experiencias biográficas, en cada uno de los artículos mencionados, respectivamente.

Ahora bien, el cruce de caminos no es sólo resultado de las fuerzas del destino. Uno de los ejes argumentativos que guía este artículo consiste precisamente en forzar este encuentro. Así como a partir de mediados de la década del noventa surgieron numerosos estudios cuantitativos y cualitativos de gran calidad sobre el proceso de empobrecimiento y creciente vulnerabilidad de los sectores medios, actualmente se observa una insinuante preocupación por las discontinuidades de la pobreza estructural. Sólo destacaré dos eventos que ilustran este incipiente interés. El primero, no es sino la traducción, recopilación y publicación en español de varios artículos de Loic Waquant en el libro *Parias Urbanos. Marginalidad en la Ciudad a Comienzos del Milenio*, el cual no

“Pobres y pobreza de ayer y de hoy. Hacia...”

tendría el mismo significado (al menos para la problemática de América Latina) de no estar acompañado por la introducción de Javier Auyero (2001). El segundo, es la organización en el XXIV congreso de LASA de un fórum sobre el tema, cuyas principales contribuciones fueron recientemente publicadas en la Latin American Research Review bajo el título “*From the Marginality of the 1960s to the New Poverty of Today: A LARR Research Forum*” (González de la Rocha y otros 2004). Este interés no debe atribuirse a una curiosidad por reminiscencias del pasado, sino por la incertidumbre sobre el futuro, y principalmente, sobre el tipo de sociedad que se construye en América Latina.

En lo que sigue de este artículo argumentaré que el concepto-enfoque de exclusión social nos permite una mejor aproximación a las situaciones contemporáneas de pobreza dura en las ciudades latinoamericanas. Con este objetivo en mente, me centraré en dos aspectos. Primero, y de manera sintética, discutiré la viabilidad del concepto de exclusión social en el contexto de nuestra región. Luego, y con mayor detenimiento, me ocuparé de algunos de los aspectos que hacen cualitativamente nueva a la vieja pobreza y que pueden ser iluminados a partir del concepto-enfoque de exclusión social. En ambos puntos la referencia a los artículos de este número será recurrente.

2. EXCLUSIÓN SOCIAL O LA SEDIMENTACIÓN DE DESVENTAJAS ACUMULADAS

Si se trata de rastrear las fuentes teóricas de las que se nutre el concepto-enfoque de la exclusión social, indefectiblemente nos encontraremos con el debate más reciente y ambicioso en torno a la definición de pobreza. El trabajo pionero de Peter Townsend (1979) estableció una noción menos estrecha de pobreza al considerar su carácter relativo. La definición de pobreza, de acuerdo con esta perspectiva, no debería tomar como referencia la satisfacción de un conjunto absoluto de necesidades básicas, sino las oportunidades individuales de participación en la comunidad de pertenencia. Cuál es el tipo y nivel de participación exigido para evitar la pobreza no son atributos absolutos, sino el resultado de la investigación sobre las actividades y medidas en que la comunidad considera que todo individuo debería ser mínimamente capaz de participar. La pobreza adquiere así un carácter doblemente relativo. Por un lado, los recursos necesarios para lograr este nivel de participación son relativos en términos de tiempo y espacio, es decir dependen del contexto socio-

histórico bajo análisis. Por otro lado, la pobreza constituye una situación de privación social relativa a los niveles prevalecientes de participación. Es evidente que en el argumento de Townsend, el concepto de participación se aproxima al de integración, y el de pobreza se hace prácticamente indistinguible del de desigualdad. En un trabajo posterior, esta tendencia se hace más evidente al señalar que la pobreza sería mejor entendida como “un estado observable y demostrable de desventaja relativa en la comunidad local, la sociedad más amplia o la nación a la cual un individuo, familia o grupo pertenece”. (Townsend, 1993:79). Esta perspectiva se acerca notablemente a la noción de exclusión social en la medida que asocia la pobreza con las limitaciones a una plena participación en la sociedad de referencia.

Cuestionando el carácter exclusivamente relativo de la pobreza, Amartya Sen (1981, 1983, 1995) introduce nuevas nociones y herramientas de análisis que dan lugar a una nueva perspectiva. A los efectos del argumento que aquí me propongo desarrollar el concepto de “capacidades” (*capabilities*) introducido por Sen resulta fundamental. Las situaciones de pobreza o privación son definidas con relación a las capacidades de los individuos y/o los hogares para satisfacer un conjunto absoluto de condiciones (*functionings*) básicas. Es decir, siguiendo a Sen, la pobreza no puede identificarse simplemente con la no-satisfacción de alguna de estas condiciones, ni tampoco con la carencia de determinados recursos para obtener dichas condiciones. La pobreza en cambio, hace referencia a las capacidades, y más específicamente a las limitaciones o carencias de la “bolsa” de capacidades de los hogares. Sen le dirá a Townsend que la pobreza es un concepto relativo cuando enfocamos el análisis sobre los recursos, pero adquiere un carácter absoluto cuando nos detenemos sobre las capacidades. Con el concepto de “capacidades” Amartya Sen ha pulido la noción poco precisa de Townsend respecto a la *participación en las actividades de la comunidad*, y al mismo tiempo ha llevado hasta su límite el concepto de pobreza.

Efectivamente este debate empujó los límites del concepto de pobreza hasta incluir aspectos sociales y ubicar el problema de la pobreza en el ámbito de la pertenencia o membresía de los individuos a la sociedad. Sin embargo, este enfoque sólo desarrolla la dimensión distribucional de la exclusión (Bhalla y Lapeyre 1999), y es esa la razón por la cual aún se trata de una perspectiva de análisis de la pobreza.

“Pobres y pobrezas de ayer y de hoy. Hacia...”

El concepto-enfoque de exclusión social, desarrollado principalmente por intelectuales franceses y más tarde en el marco de la Comisión Europea de Asuntos Sociales, toma esta dimensión distribucional, pero incorpora, y en cierta medida privilegia, una dimensión relacional. Es este último aspecto lo que constituye la esencia de este nuevo concepto-enfoque. La exclusión social es primeramente un problema relacional, de ruptura del lazo social, y esta ruptura en la tradición europea, particularmente francesa, es asociada con la crisis de la sociedad salarial (Paugam 1995, Room 1995, Castel 1997, Bahalla y Lapeyre 1999). El trabajo, y en particular el trabajo formal asalariado, emerge como el principal mecanismo de integración social. No se trata simplemente de una fuente de ingresos, sino también de legitimidad y aceptación social, de redes sociales, de solidaridad, de bienestar psicológico y autoestima, y en el caso de muchos de los países europeos, de beneficios sociales (con excepción de los países escandinavos basados en un régimen de bienestar universal).

El desempleo y la precariedad laboral se constituyen en los principales motores de la exclusión (Rodgers 1995, Maguire y Maguire 1997). No es sólo un problema del mercado laboral, sino de la crisis de los mecanismos de integración social. Una integración precaria y débil al mercado de trabajo ha sido asociada con otras desventajas tales como acceso a la educación, a la vivienda, a los servicios de salud, a un ingreso decente, a niveles aceptables de participación social, etc. (Paugam 1995). Las transformaciones estructurales en los mercados de trabajo, y en particular sus efectos de desempleo y precarización, representan los disparadores de un proceso de acumulación de desventajas que conduce a un estadio final de desafiliación respecto a la sociedad, es decir de exclusión social.

Dentro de esta última perspectiva y en el marco de estudios patrocinados por la Unión Europea, se desarrolló una aproximación que rescató la noción de ciudadanía. Enriquecer el concepto de exclusión social con los desarrollos teóricos de un renovado debate sobre los derechos de ciudadanía venía a resolver dos tipos de problemas. En primer lugar, permitía un mejor acoplamiento del enfoque francés y su énfasis sobre la desafiliación y ruptura del lazo social, con la tradición anglosajona concentrada en la desigualdad y la exclusión material (Atkinson 2000). En segundo lugar, permitía obtener una definición empíricamente identificable, a partir de la cual construir indicadores y definir políticas (Yepez del Castillo 1994). De esta manera, el concepto de exclusión social resultó fuertemente atado a la noción de ciudadanía, y en particular a la extensión de los

derechos sociales. Los derechos de los ciudadanos a un nivel básico de bienestar material y participación social emergieron como punto de referencia del concepto de exclusión. Desde esta línea de trabajo "a exclusión social es analizada en términos de la negación –o no-realización– de los derechos sociales; en otras palabras, en términos de la extensión en que el individuo es integrado como miembro de una comunidad moral y política" (Room 1995: 7). El foco de atención se desvió así del mercado de trabajo a la ciudadanía social.

Aunque se trata de perspectivas alternativas, ellas no son mutuamente excluyentes ni reflejan un desarrollo temporal. Se trata, en todos los casos, de enfoques analíticos (aquí sobre simplificados) que pueden detectarse en diferentes estudios contemporáneos sobre la exclusión social. Lo que comparten todos ellos es una misma preocupación por la ruptura del lazo social, por la identificación de factores que conducen al resquebrajamiento del vínculo entre individuo y sociedad. La diferencia reside, precisamente, en dónde se encuentra y/o qué aspectos se privilegian como determinantes de esta ruptura: ¿es la pobreza y desigualdad?, ¿es el desempleo y la precarización laboral?, ¿es el no-cumplimiento de los derechos ciudadanos?

En la mayor parte de los países latinoamericanos, los hogares con importantes deficiencias en sus condiciones de vida material solieron representar el grueso de la población. Es decir la pobreza y la desigualdad no pueden equipararse a la exclusión; estos dos aspectos tomados en sí mismos han caracterizado la historia reciente de nuestra sociedad (véase informes de CEPAL). En segundo lugar, gran parte de la población ha tenido tradicionalmente un vínculo débil con el mercado de trabajo formal (Oliveira y Roberts, 1996). Los empleos estables y protegidos han sido en general la excepción más que la regla. Finalmente, la ciudadanización ha sido un proceso lento y fragmentado (Bayón y otros 1998). Los derechos sociales en particular han sido con frecuencia un privilegio, y nunca alcanzaron una extensión comparable a la situación europea.

A diferencia de lo que sucede en el debate europeo, situarnos en este segundo nivel de discusión carece de sentido en el contexto latinoamericano, o al menos debe transcurrir por otros senderos. La integración social, en estas sociedades, puede describirse como un proceso multifiliatorio donde ningún lazo social tiene la fuerza que en otros contextos adquiere la relación salarial, los derechos sociales, o incluso la participación en el mercado, pero donde existen otros muchos lazos sociales más débiles que brindan un sentido de pertenencia (Katzman y otros, 1999). La integración social en América Latina está teñida de

“*Pobres y pobreza de ayer y de hoy, Hacia.*”

claroscuros, dominada, en algunos países más que en otros, por integraciones parciales. Lo que debemos priorizar del concepto-enfoque de la exclusión social se encuentra en el primer nivel de discusión, en la ruptura del lazo social. Es precisamente a partir de aquí que podremos iluminar los nuevos rostros de la pobreza estructural en América Latina.

En el debate europeo, la ruptura del lazo social tiene un desencadenante original, o al menos se argumenta en favor de uno de ellos. Pero el aspecto a retener es que este factor desencadenará un proceso de acumulación de desventajas que finalmente conduciría a una situación de separación, de escisión, de desafiliación. Nuestra mirada debe dirigirse hacia la identificación y análisis de estos círculos de desventajas acumulativas (Paugam, 1995). Dado el carácter multifiliatorio y parcial que caracterizó a la integración social en el contexto latinoamericano, encontrar un factor único y originario de este proceso puede resultar una tarea infructuosa, e incluso fútil. Frente a la falta de derechos sociales, los pobres contaban con la comunidad, la familia, e incluso las relaciones clientelares; frente a un mercado de trabajo poco dinámico el cuentapropismo, los pequeños talleres, los servicios y oficios eran un espacio de refugio; frente a la pobreza, las redes de reciprocidad familiares y vecinales, o las organizaciones vecinales constituían un respaldo; y así los ejemplos podrían multiplicarse, sobre un trasfondo en que las carencias y el sacrificio se anclaban en expectativas comunes de una movilidad social intergeneracional a través de la educación y/o el trabajo. Pero la estructura de oportunidades se ha restringido y endurecido (Bayón en este número), y los recursos de los hogares parecen agotarse (González de la Rocha, 2001, Estrada 1999). El escenario ha cambiado, y frente a lo que nos encontramos son círculos de acumulación de desventajas, sincrónica y diacrónicamente, en el espacio y en el tiempo. El tejido social parece más concentrado que en el pasado; el debilitamiento de uno de sus hilos, en lugar de conducir a lazos alternativos, parece empujar a la fractura de otros en un efecto dominó que amenaza con el bloqueo y la exclusión.

Igualmente fútil, sin embargo, resultaría concentrar nuestros esfuerzos en la identificación de situaciones puras y extremas de exclusión social, lo cual además, como señalan Atkinson (2000) y Eguía y Ortale en su artículo, puede desviar la atención de las consecuencias más extendidas del nuevo orden social, que consisten en colocar a amplios sectores en condiciones de precariedad, riesgo, e incertidumbre. Si la exclusión social permanece en el horizonte como una amenaza potencial, lo que los hogares y sus miembros experimentan

cotidianamente son condiciones de vulnerabilidad más o menos profundas. Lo que se oculta detrás de círculos de acumulación de desventajas es una ruptura sucesiva de los múltiples, y ya de por sí débiles, lazos afiliatorios.

En síntesis, más allá del carácter empírico o no de la exclusión social, como enfoque nos invita a detenernos en la multidimensionalidad de la pobreza, en la amenaza que ella representa para la integración social, en la centralidad de explorar el entrapamiento en círculos de desventajas. Es precisamente sobre estos aspectos, particularmente en el carácter acumulativo y multidimensional de la pobreza, que ponen énfasis los artículos de Bayón, Eguía y Ortale y Salles y Tuirán. En consonancia con el argumento que he desarrollado hasta aquí, en sus conclusiones Eguía y Ortale señalan que “la situación de pobreza implica una acumulación de situaciones de riesgo que adquieren particularidades en cada contexto histórico social y que deben ser analizadas”. Creo que en esta frase se pueden adivinar los principales lineamientos para una agenda de investigación sobre los nuevos rostros de la pobreza estructural en las ciudades latinoamericanas. Haciéndome eco de esta invitación, en lo que sigue me ocuparé de tres aspectos presentes de manera más o menos explícita en los artículos de este número, y que emergen como dimensiones cualitativamente nuevas de la vieja pobreza a la luz de un enfoque centrado en los procesos de acumulación de desventajas.

3. BIOGRAFÍAS DE EXCLUSIÓN

En el apartado anterior mencioné que el proceso de acumulación de desventajas ocurre sincrónica y diacrónicamente. En el primer caso, se trata de la asociación inmediata de una desventaja con otra, como por ejemplo en la cadena que podría imaginarse entre perder el empleo, la disminución de los ingresos, la incapacidad para devolver favores, el aislamiento, etc. Es decir, como veremos en un próximo punto, el proceso sincrónico de acumulación de desventajas se vincula directamente con el agotamiento de los recursos. Pero este proceso ocurre también en el tiempo, en el desarrollo del curso de vida, e incluso en el ciclo de vida de las familias.

El análisis de la exclusión social y el curso de vida presentan profundas interconexiones. Por un lado los períodos transicionales del curso de vida constituyen momentos críticos de acumulación de desventajas que potencialmente pueden conducir a situaciones de exclusión social. En primer lugar, porque las

“*Pobres y pobreza de ayer y de hoy. Hacia...*”

transiciones presentan inherentemente cierto grado de vulnerabilidad en la medida que implican incertidumbre, imprevisibilidad, y riesgos; en segundo lugar, porque el carácter determinante (en ocasiones irreversible) que pueden tener las transiciones, y en particular ciertos eventos, sobre el devenir futuro de diversas trayectorias de vida, multiplica la vulnerabilidad y centralidad de estos períodos en el desencadenamiento de procesos que pueden conducir a la exclusión. Por otro lado, un análisis centrado en el curso de vida nos permite iluminar el impacto diferencial de eventos y/o acontecimientos específicos en individuos situados en diversos tiempos cronológicos, sociales e históricos. Como se puede observar en el artículo de Bayón no es lo mismo, en términos de sus repercusiones futuras, perder el empleo siendo un adulto que superó los cuarenta años o un adolescente recién incorporado al mercado de trabajo, un joven que vive con sus padres o uno que se encuentra en las primeras etapas de un nuevo ciclo familiar, como tampoco es lo mismo, tal como se plantea en el artículo de Eguía y Ortale, padecer carencias nutricionales durante la niñez, la adultez o la vejez.

Esto nos obliga a ver las situaciones de privación, pobreza, y exclusión en términos procesuales a lo largo del curso de vida, y no de manera estática y determinista. Se abre así la posibilidad (y necesidad) de explorar cómo se generan círculos perversos de acumulación de desventajas, distintos patrones de asociación entre desventajas, factores de riesgo que promueven desventajas futuras, los activos y capacidades de resistencia de los individuos y sus hogares a estos factores de riesgo, etc. Mirados desde esta perspectiva los problemas asociados con la pobreza durante la niñez adquieren una nueva dimensión, el desempleo y la precariedad laboral deja de limitarse al mercado de trabajo para dejar sentir sus reverberaciones en otras esferas de la vida, el tránsito a la adultez adquiere nuevas connotaciones referidas a las posibilidades de integración como miembros plenos de la sociedad, por citar sólo algunos ejemplos.

Schoon y Bynner (2003) señalan que “la acumulación de riesgos comienza temprano en la vida, y las consecuencias de crecer en contextos familiares desfavorecidos (o con desventajas) pueden continuar durante la adultez o aun la siguiente generación” (23). Esping Andersen (2002) señala algo similar al referirse a la necesidad de una política pública específicamente orientada a la niñez como mecanismo para quebrar la acumulación de desventajas que acentúan hasta niveles previamente desconocidos la desigualdad social. El artículo de Eguía y Ortale se dirige directamente a una de las situaciones más dramáticas y extremas de estas desventajas iniciales como son las carencias alimenticias

durante los primeros años de vida; al respecto la autora señala que “nacer y vivir la infancia y la juventud en hogares organizados en torno a carencias, ejerce gran influencia en la situación biológica y biográfica de los individuos”. Es cierto, en el artículo no se desarrolla una perspectiva biográfica, pero los resultados obtenidos contribuyen a pensar en factores de riesgo ex-ante y no ex-post; es decir elementos para actuar sobre situaciones de vulnerabilidad que permitan abortar círculos de desventajas desencadenados por la desnutrición.

En el artículo de Bayón queda claro que el desempleo, y más específicamente la pérdida del trabajo constituye un evento cuyas consecuencias se dejan sentir no sólo en el espacio sino en la dimensión temporal, y en particular biográfica. La pérdida de trabajo, no sólo se asocia con otras desventajas inmediatas, sino que como se muestra en este artículo se engarza en una cadena de desventajas cuyos eslabones se extienden en diversas trayectorias; en la trayectoria laboral siendo punto de quiebre e inicio de una movilidad laboral descendente, en la familiar siendo factor coadyuvante de fracturas y reestructuraciones familiares, o en la trayectoria residencial contribuyendo a la pérdida de la vivienda o agudizando la precariedad e inestabilidad de las condiciones de vida. Nuevamente, podemos ver aquí factores de riesgo asociados con el desempleo cuyas consecuencias en las experiencias biográficas deberían ser parte de la previsión de la política pública; lo que se desprende de este artículo es que si no se previenen estos efectos, las consecuencias del desempleo no se resolverán simplemente con el empleo.

Intento llamar la atención sobre los procesos de acumulación de desventajas en las experiencias biográficas; lo que Esping Andersen ha llamado “os riesgos del curso de vida” (*the life course risks*).

The emerging outline of postindustrial society, with heightened family instability, widespread unemployment, and more insecure careers, suggests that life course risks are now bundling in youth and prime age, adult life. Concepts such as the *two-thirds society* and the new underclass suggest also that entrapment in inferior life chances is a rising possibility. (Esping-Andersen 1999:42).

En América Latina esta posibilidad se materializa en miles de experiencias biográficas como un atributo de la nueva pobreza, o si se quiere de la exclusión social. Jesús es un chavo de 18 años, que vive con su madre y dos hermanos menores, uno enfermo de cáncer, en una de las delegaciones con mayores índices

“Pobres y pobrezas de ayer y de hoy. Hacia...”

delictivos de la Ciudad de México; abandonó la escuela a los 14 años para cruzar al otro lado, obviamente de manera ilegal; allí vivió casi 3 años, conoció las drogas, se integró a una pandilla, estuvo detenido, y fue deportado. Cuando conversamos, en diciembre de 2003 sus palabras y experiencias no exentas de tristeza y conocimiento, sintetizaban con una apabullante simplicidad y frialdad nuestra discusión previa:

Pues lo que, lo que yo siempre me he puesto a pensar, en que si hubiera algún modo de regresar el tiempo, tal vez con la experiencia que ya tengo ya sería diferente; pero ahora que ya quiero ya se me cierran las puertas.... siempre o sea es más difícil no, porque tal vez ahorita yo ya quisiera estudiar y luego hasta lo comento con mi familia, que me gustaría estudiar, tal vez no meterme a la escuela normal o algo así pero... pues sí..., o sea yo siempre he tenido ese pensamiento positivo de salir adelante ¿no?. Tal vez no de ser alguien en la vida porque..., pues, pues no..., yo me conformaría con cualquier cosa, ¿no? pero con que yo sepa escribir mejor ¿no?. Pero está difícil, la neta. ¿Por qué es tan difícil poder estudiar aquí? No pues o sea yo no digo que aquí, yo digo en mi lugar, tal vez porque, porque, para empezar a estudiar pues necesito yo pagarme mis estudios, no puedo decirle yo a mi madre “ey págueme mi escuela” por lo mismo de que hay muchos problemas en mi cantón no? Entonces yo no puedo decirle a mi mamá “págueme la escuela” ¿no? También, más aparte, ya perdí la confianza de mi familia ¿no? porque ya ni siquiera me tienen la confianza como para decir “te vamos a pagar tus estudios mientras le echas ganas” ya no porque ya perdí su confianza, pero más que nada pues no, no se puede, ahorita le estamos dando los estudios a mi carnalilla, la que sigue después que yo, tiene 17 años y ella está estudiando pero nos las vemos bien duras, bueno mi madre más que nada no, porque ella es la que se encarga de eso. ¿Te parece bien que estudie tu hermana en tu lugar? Sí, por qué? Porque pus ella es mujer, ella... o sea yo lo que no quiero yo, no quiero es ningún mal para mi familia, tal vez yo ya mi vida ya... bueno a veces es lo que pienso ¿no? Tampoco me gusta ser conformista pero si hay veces que me pongo a pensar y digo “chale tal vez mi vida ya la eché a perder y todo” pero pus no, yo no quiero lo mismo para mis carnales, ¿no?

Recordemos una vez más: Jesús tiene 18 años. Una perspectiva centrada en la acumulación de desventajas en el curso de vida pretende echar luz sobre procesos biográficos como el de Jesús, para entender cómo se generan estos círculos y cómo pueden quebrarse antes de llegar a un entrampamiento con tan pocas salidas, o mejor sería decir, con tan pocas entradas si pensamos en términos de sus posibilidades de integración social.

4. TRANSFORMACIONES DE LA ESTRUCTURA DE OPORTUNIDADES Y AGOTAMIENTO DE RECURSOS

Luego de una breve reflexión el lector puede estar planteándose que eventos y/o acontecimientos como los tratados en el punto anterior no eran desconocidos en épocas pasadas, e incluso tampoco lo eran sus posibles consecuencias. Efectivamente, lo cualitativamente nuevo cuando hablamos de los riesgos del curso de vida, no reside exclusiva ni principalmente en los eventos y/o acontecimientos a los que se enfrentan los individuos en sus trayectorias de vida, sino en la falta de contención y protección frente a los riesgos que ellos implican derivados de cambios tanto en la estructura de oportunidades como en los recursos de los hogares. Por mencionar sólo un ejemplo, un embarazo en la adolescencia representa mayores riesgos y puede precipitar una cadena más extensa de desventajas en la medida que la organización familiar ha cambiado, que los niveles educativos de las mujeres se han incrementado, que la participación laboral de ambos cónyuges tiende a ser la norma, que la inserción en el mercado laboral requiere de mayor preparación, entre algunas otras de las transformaciones ocurridas que alteran el significado y las repercusiones del embarazo adolescente.

Los riesgos del curso de vida, o bien el entrapamiento de experiencias biográficas en círculos de desventajas, resulta indisociable de otros dos aspectos vinculados a la estructura de oportunidades. Por un lado, las transformaciones de esta estructura y por otro, la ausencia de mecanismos que permiten reducir los riesgos; ambos están íntimamente ligados. Con respecto al primero de estos aspectos, Kaztman (2002) hace referencia a un elemento similar al cual denomina endurecimiento de la estructura social.

“Colocar el acento final de este ejercicio en las transformaciones de las estructuras sociales responde a la intuición que, más que un problema de persistencia de pobreza y desigualdades, los países de la región están experimentando un endurecimiento de sus estructuras sociales. O puesto en otros términos, lo que se observa es un debilitamiento de la salud de los mecanismos que, en algunos países más que en otros, habían logrado alimentar la esperanza que los pobres no iban a ser siempre pobres y que el progreso económico, a través de la consolidación de los regímenes de bienestar y la consecuente extensión de los derechos ciudadanos, iría educiendo las brechas de ingresos y riqueza” (Kaztman, 2002: 30).

“Pobres y pobreza de ayer y de hoy. Hacia...”

La metáfora del endurecimiento en el texto de Kaztman se refiere centralmente a una estructura social que parece volverse menos porosa y más compacta, bloqueando no sólo expectativas sino experiencias de movilidad social ascendente. Las transformaciones en la estructura de oportunidades van más allá de esto, incluso el aspecto anterior puede pensarse como una parte de este proceso de mayor alcance. El párrafo previamente citado denota cierto énfasis en los cambios ocurridos en el Estado y sus impactos negativos sobre una estructura social que se había presentado más o menos dinámica según los contextos nacionales, pero las transformaciones se han extendido en otras esferas de la estructura de oportunidades. En algunos casos estas transformaciones responden a procesos socio-políticos específicos, en ocasiones sus consecuencias han tenido un carácter perjudicial para ciertos sectores de la población; pero también han ocurrido transformaciones que sólo pueden entenderse como tendencias seculares, y cuyos efectos no han sido sino la emergencia de nuevos riesgos. El trabajo de Bayón muestra específicamente cómo estas distintas fuerzas han confluído para alterar sustancialmente ciertos aspectos de algunas esferas de la estructura de oportunidades como el mercado de trabajo, la familia, y el Estado, colocando en una situación altamente vulnerable a quien pierde su empleo. Podríamos agregar otras, menos trabajadas, pero cuyos efectos no deberíamos subestimar, como son las transformaciones ocurridas en la comunidad (Saravi, 2004b), o incluso en el mercado del consumo de bienes y servicios.

La contracara de estas transformaciones no es sino la ausencia de nuevos mecanismos que protejan a los hogares y sus miembros frente a los riesgos emergentes. La tendencia predominante en el ámbito académico de la política pública, y que efectivamente puede descubrirse detrás de muchos programas, consiste en estimular y fortalecer, en el mejor de los casos, la *reflexividad* de los actores. Frente a los riesgos, parece necesario desarrollar la capacidad reflexiva a efectos de tomar el mejor curso de acción. Una alternativa, menos explorada, consiste en imaginar nuevos regímenes de bienestar orientados a atender los riesgos emergentes ya sea como consecuencia de eventos o acontecimientos nuevos, o como resultado de las transformaciones en la estructura de oportunidades. La flexibilidad e inestabilidad que caracterizan al mercado de trabajo, la proporción creciente de hogares uniparentales o de familias con ambos cónyuges en el mercado de trabajo, la fragmentación del espacio urbano y la conse-

cuenta segregación espacial y social de los pobres, etc., son algunos de los cambios que requieren nuestra atención.

Paralelamente, las transformaciones en la estructura de oportunidades son acompañadas, y en gran parte responsables, de otro fenómeno sobre el cual han llamado la atención diversos estudios: el agotamiento de los recursos. Trabajos realizados en México a fines de los años noventa enfocados sobre las respuestas de hogares de sectores populares frente a las crisis recurrentes que afectaron al país, hicieron notar que algunas de las estrategias tradicionalmente ensayadas por estos hogares eran cada vez más difíciles de poner en práctica (Bazán 1998, Estrada 1999). González de la Rocha (2001) ha graficado esta transformación como un tránsito de “los recursos de la pobreza” a “la pobreza de recursos”. Esta autora plantea que contextos de creciente y persistente precarización laboral y pobreza conducen a un debilitamiento de las redes de reciprocidad, solidaridad y ayuda mutua que por mucho tiempo constituyeron estrategias centrales para garantizar la sobrevivencia y reproducción de los más pobres. El resultado del resquebrajamiento de estas redes sociales de reciprocidad basadas en la confianza, pero que requieren ciertas condiciones materiales mínimas y equivalentes entre ambas partes para que sea posible el intercambio, no es sino el desencadenamiento de otras desventajas, particularmente el aislamiento social de los más desfavorecidos (González de la Rocha 2001, 2004).

El agotamiento de los recursos, sin embargo, no se reduce al debilitamiento de las redes de intercambio basadas en la confianza, sino que las transformaciones en la estructura de oportunidades han vuelto obsoletas muchas otras de las tradicionales estrategias. Familias extensas o numerosas, con varios miembros en condiciones de trabajar, constituyen un activo pero que difícilmente puede ser movilizado en contextos caracterizados por un mercado de trabajo comprimido y muy poco dinámico; la creciente violencia y el aumento de los índices delictivos en comunidades pobres, en las que los protagonistas son los propios vecinos, obstruyen la movilización de innumerables activos de los hogares; y muchas otras situaciones podrían plantearse. Al mismo tiempo emergen nuevas oportunidades para poner en práctica y/o priorizar otras estrategias, tal como la migración o la delincuencia (Portes y Hoffman, 2003). En México, y muchos otros países de la región, particularmente Centroamérica, la migración ilegal desde zonas urbanas hacia los Estados Unidos no sólo sigue incrementándose sino que tiende a ocurrir a edades cada vez más tempranas; la delincuencia y violencia juvenil han crecido en el transcurso de la última década

“Pobres y pobrezas de ayer y de hoy. Hacia...”

de manera vertiginosa en toda la región (Saraví, 2004a), pero más grave aun, en ciertos contextos la censura social y moral sobre estos actos delictivos parece disiparse en beneficio de un valor superior como es la provisión de recursos, para decirlo gráficamente el trabajar o el robar son simplemente formas distintas de obtener un ingreso (véase Kessler, 2004). Estos son algunos ejemplos cuya única finalidad no es otra que marcar la relevancia, tal como lo plantean Eguía y Ortale, de volver a pensar en las estrategias de reproducción de los hogares más pobres, explorando las nuevas modalidades del interjuego entre activos y estructura de oportunidades en un escenario que ha experimentado transformaciones sustanciales.

Nuevamente, una perspectiva centrada en los procesos de acumulación de desventajas nos llevará necesariamente a enfocar nuestra atención sobre las transformaciones de la estructura de oportunidades, las deudas de un régimen de bienestar ausente, el agotamiento de los recursos, y la puesta en práctica de nuevas estrategias. Pero el mayor desafío, sin duda, consiste precisamente en analizar el entramado de todos estos aspectos y la manera en que ellos desatan círculos de acumulación de desventajas.

5. EL GÉNERO DE LA POBREZA Y LA DESIGUALDAD

Tal como es planteado en el artículo de Salles y Tuirán de este número, el género, y podría añadirse la edad, constituyen una dimensión que inevitablemente debería estar presente en el análisis de los procesos de acumulación de desventajas. Los autores señalan tres aspectos en los que debería considerarse la condición de género al abordar el problema de la pobreza: primero, la existencia de necesidades diferenciales entre hombres y mujeres; segundo, en la especificidad de la pobreza vivida por las mujeres; y tercero, en la ausencia de poder como uno de los factores que impiden la salida de las mujeres de ciertos círculos de privación. Aquí me interesa destacar cómo la condición de género (y la edad) pueden constituirse en fuente de desventajas.

Aunque puede resultar obvio decirlo, las experiencias biográficas de hombres y mujeres están sujetas a riesgos diferenciales. Pretender construir un inventario de estas diferencias no sólo dependería de los contextos socio-históricos estudiados, sino que constituiría una tarea interminable. Sin embargo, debería considerarse como un principio metodológico el sospechar que la estructura de oportunidades y constreñimientos plantea desventajas y riesgos

diferentes de acuerdo con la condición de género. Sólo me detendré en dos aspectos que pretenden graficar los aportes derivados de este principio metodológico. El primero de ellos es lo que podría llamarse la desigualdad intragénero o más específicamente la desigualdad femenina; el segundo aspecto, se refiere a lo que llamaremos la experiencia de género en el hogar. Dadas las limitaciones de espacio a las que debo ajustarme, me ocuparé de estos dos aspectos en una situación específica cómo lo es la transición familiar entre jóvenes de ambos géneros.

Un análisis a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2000 realizada en México mostró que entre los varones pertenecientes a la cohorte 1971-74 y sin deficiencia educativa (12 o más años de educación), sólo el 16,80% se unieron antes de los 22 años, mientras que este porcentaje casi se duplica, para alcanzar el 32,20% de los jóvenes con deficiencia educativa (menos de 12 años de educación). Pero estas diferencias son mucho más significativas aún entre las mujeres; la relación en este caso es de 1 a 4, es decir, en tanto sólo el 1,20% de las mujeres sin deficiencia educativa de esta cohorte se unieron antes de los 20 años, este porcentaje llega a el 43,10% entre las jóvenes con deficiencia educativa. La mayor profundidad de la desigualdad entre las mujeres se repite respecto a otros eventos transicionales como el nacimiento del primer hijo y el abandono del hogar de origen.

Si ahora en lugar de mirar los contrastes dentro de un mismo género, nos concentramos en cada uno de los dos niveles educativos encontramos lo siguiente. Escogiendo esta vez el nacimiento del primer hijo en la misma cohorte, entre los jóvenes sin deficiencia educativa el 9,30% de los hombres y el 14,90% de las mujeres tuvieron su primer hijo antes de los 22 años, pero entre los jóvenes con deficiencia educativa la disparidad de género se acentúa de manera notable: el 25,70% de los hombres ya tuvieron su primer hijo, porcentaje que se dispara a el 53,40% de las mujeres. Es decir, mientras en el primer caso la diferencia es mínima, en el segundo caso la diferencia se duplica. Nuevamente estos contrastes se repiten tanto para la primera unión conyugal como para el abandono del hogar.

Si consideramos simultáneamente estas dos observaciones puede sostenerse que la condición de ser mujer y tener bajos niveles educativos está asociada con transiciones sumamente tempranas, lo cual significa resignar o al menos restar espacio a proyectos individuales en beneficio de responsabilidades y tareas familiares y del hogar. En este sentido las jóvenes con deficiencia

“Pobres y pobrezas de ayer y de hoy. Hacia...”

educativa se encuentran en una situación de clara y doble desventaja: respecto a los hombres de su mismo nivel educativo, pero también a las mujeres sin deficiencia educativa. Efectivamente, entre los sectores con mayores niveles educativos las diferencias de género, al menos en lo que respecta al inicio de las transiciones familiar y residencial, parecen menores, observándose una mayor igualdad en las experiencias y patrones transicionales.

Ahora bien, cabe preguntarse cuáles son los posibles factores que intervienen para que las mujeres experimenten, en mucha mayor proporción que los hombres, transiciones familiares a edades muy tempranas durante la adolescencia, con todos los riesgos y desventajas que esto puede desencadenar en sus trayectorias de vida. Uno de los factores (ni el único, ni el principal) que aquí debe considerarse es la experiencia de género en el hogar. Un análisis de regresión logística sobre estos mismos datos mostró que el efecto de un clima hostil sobre la unión conyugal y el nacimiento del primer hijo durante la adolescencia es sustancialmente mayor en las mujeres que en los hombres. Las mujeres parecen verse más afectadas que los hombres por un clima hostil en el hogar de sus padres, o bien para ellas la única manera de escapar de un clima hostil es a través de la unión conyugal y/o la maternidad. Las entrevistas con jóvenes nos dicen que ambas hipótesis son necesarias para dar una interpretación completa de las diferencias en las experiencias de género en el hogar.

Ana es una joven de 25 años que vive con su madre, un hermano menor y su pequeña hija de tres años en la misma Delegación que Jesús; está separada de su primer marido con quien se casó a los 18 años luego de dos años de convivencia, y actualmente está nuevamente sola pues su segunda pareja, el padre de su hija, decidió migrar a los Estados Unidos. Ana nunca tuvo un trabajo formal, desde que terminó la secundaria (en México, 9 años de educación), se ocupó mayoritariamente de las tareas del hogar, y esporádicamente a ayudar a su madre en un puesto de comidas en la calle. Cuando conversé con ella en enero de este año, me contó cómo los problemas en el hogar fueron acelerando la salida de sus hermanos y de ella misma.

Conviví más con mi hermana la chica y mi hermano y con mi mamá porque la mayor también se casó muy joven y se fue... Había mucha, como que todos los problemas que veíamos nos hacían que nos..., mi hermano Luis agarró y se fue por los problemas (migró como ilegal a los Estados Unidos), Liliana también se casó por los problemas o sea se casó a los 16, iba a cumplir 17 años. ¿Y se puede saber por qué, qué problemas

eran los que les afectaban? Lo que pasa es que en primera papá nunca estaba y segunda que cuando llegaba a estar siempre peleaban. Aburría luego a veces, papá tomaba mucho y no, era muy, muy feo porque luego llegaba borracho y nada más a pelear y este y pues yo también entiendo a mi mamá ¿no? tiene razón, sufrió mucho con él pero... [...] O sea mamá era de las que no te dejaban tener novio, no te dejaba salir, mi hermana por eso se fue muy chica, y se casó con alguien que no quiere o sea no quiere inclusive hasta ahorita. Sigue con el mismo pero no lo quiere. ¿Y qué chiste tiene? ¿Y les fue bien, más o menos...? Al principio le fue mal porque le pegaba. Hasta que papá le puso un alto a, al señor, porque es un señor. Mi hermana también este... se traumó un poquito, o sea como que de repente vive lo que vivió mamá. [...] *Y tú cuando fue que te juntaste?* Me fui con él, me fui, fijate que después de eso sufrí mucha presión, mamá menos me dejaba salir, no salía de casa, me trataba como si fuera un prisionero, sufrí mucho ese tiempo. ¿*Qué edad tenías?* Me fui con él cuando tenía los 16; y él tenía cuarenta y... tres..., o 45 años, o sea que ahorita ya está viejo, más grande o sea ya. [...] Si convivimos, convivimos como pareja, mjm, pero también sufrí mucho, me trataba muy mal, me dejaba encerrada, no me daba de comer, eso fue lo que más me duele que fui, muy tonta.

Los problemas en el hogar son un importante factor de expulsión tanto para los hombres como para las mujeres. Sin embargo, esta salida puede ser diferente. En el caso de Luis, como en el de muchos otros jóvenes, la migración es una alternativa de independencia residencial disociada de la unión conyugal. En el caso de las mujeres, y en particular de sectores populares, esta disociación resulta casi imposible. Es innecesario detenernos aquí en los innumerables riesgos y desventajas que pueden desencadenarse de transiciones familiares tan tempranas, compulsivas, y con escasos recursos, algunos de los cuales se transparentan en las palabras de Ana. Además, aunque no del todo claro en esta entrevista, las presiones que experimentan las jóvenes en el hogar tienen una dimensión de género propia: mayor carga de tareas domésticas y atención de niños y ancianos, mayores restricciones que limitan la autonomía, subordinación no sólo a los padres sino a los hermanos hombres, etc.

No sugiero que las diferencias de género sean algo nuevo, pero sí sostengo que algunas tendencias de cambio en la sociedad contemporánea han acentuado y evidenciado desigualdades y desventajas asociadas con la dimensión de género. Por un lado, la desigualdad intragénero, específicamente entre las mujeres, se ha incrementado sustancialmente en los últimos años no sólo en aspectos socio-demográficos como la edad de la primera unión, la postergación

“Pobres y pobrezas de ayer y de hoy. Hacia...”

de la maternidad, o el abandono del hogar, sino también en términos de ingresos, participación social y educación. La desigualdad en sí misma representa una fuente de riesgos y desventajas. Por otro lado, la persistencia de experiencias de género diferenciales en el hogar, fundamentalmente referidas a distintos niveles de subordinación y constreñimientos, en una sociedad que pretende ser más equitativa y democrática en la esfera pública, se torna una desventaja mucho más poderosa e impactante sobre las biografías de las mujeres.

6. CONCLUSIONES

América Latina ha iniciado el nuevo milenio con un intenso y complejo debate en torno al tan ansiado desarrollo social. En gran medida las semillas de los desafíos e incertidumbres que aquejan a la región han sido sembradas en las décadas previas. En distintos foros internacionales, y en la voz de organismos internacionales, comienza a reconocerse, no sin preocupación, que la consolidación de los sistemas democráticos laboriosamente construidos en años previos está fuertemente amenazada, o al menos será siempre absolutamente incompleta, de persistir los actuales niveles de desigualdad y pobreza. Este despertar debe ser reconocido, pero ¿de qué pobreza hablan? Puede pensarse que de la de las cifras y la de sus expresiones públicas (violencia, manifestaciones, cortes de rutas, etc.). Si bien el diagnóstico no es equivocado, la raíz de él no está ahí, sino en los aspectos cualitativamente nuevos de la pobreza (sin desconocer su magnitud estadística que le agrega otra dimensión al problema). Las décadas pasadas dejaron la emergencia de una “nueva pobreza” caracterizada por el empobrecimiento de los sectores medios; pero estamos comenzando a ver que eso no es todo: también nos encontramos con una vieja pobreza cualitativamente nueva. A partir de los artículos presentes en este número he tratado de reflexionar, ordenar y sistematizar algunos de estos aspectos. En las ciudades latinoamericanas la pobreza de hoy a diferencia de la de ayer amenaza con la exclusión. Mirar a la pobreza desde una perspectiva centrada en los procesos de acumulación de desventajas y sus efectos sobre la ruptura de los lazos sociales puede contribuir no sólo a identificar estos aspectos cualitativamente nuevos, sino también a construir una sociedad más justa.

BIBLIOGRAFÍA

- Atkinson, R., (2000) "Combating social exclusion in Europe: The new urban policy challenge", en *Urban Studies*, 37 (5-6): 1037-1055.
- Auyero, J., (2001) "Introducción. Claves para pensar la marginación", en L. Wacquant *Parias Urbanos. Marginalidad en la Ciudad a Comienzos del Milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- Bayón, M. C., (2002) "Coping with Job Insecurity: The Experience of Unemployment" en *Contemporary Argentina*. Tesis Doctoral, Departamento de Sociología, The University of Texas at Austin.
- Bayón, M.C., Roberts, B., y Saraví, G., (1998) "Ciudadanía social y sector informal en América Latina", en *Perfiles Latinoamericanos*, 7 (13): 73-111.
- Bayón, M. C. y Saraví, G., (2002) "Vulnerabilidad social en la Argentina de los años noventa: impactos de la crisis en el Gran Buenos Aires", en Kaztman y Wormald G. (coords.) *Trabajo y Ciudadanía. Los Cambiantes Rostros de la Integración y la Exclusión Social en Cuatro Áreas Metropolitanas de América Latina*. Montevideo: Cebra.
- Bazán, L. (1998) "El último recurso: las relaciones familiares como alternativa frente a la crisis", paper presentado en *XXII Congreso Internacional de la Latin American Studies Association*, Chicago, Illinois.
- Bhalla, A. y Lapeyre, F., (1999) *Poverty and Exclusion in a Global World*, New York, St. Martin's Press.
- Bourdieu, P., (ed.) (2002) *La Miseria del Mundo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Castel, R., (1997) *La Metamorfosis de la Cuestión Social*, Buenos Aires, Paidós.
- Castel, R., (1999) "Vulnerabilidad social, exclusion: La degradación de la condición salarial", en J. Carpio y I. Novacovsky (eds.) *De Igual a Igual. El Desafío del Estado ante los Nuevos Problemas Sociales*. Buenos Aires: F.C.E./SIEMPRO/FLACSO.
- Chamberlayne, P., Rustin, M., y Wengraf, T., (eds.) (2002) *Biography and Social Exclusion in Europe. Experiences and Life Journeys*, Bristol, The Policy Press.
- Esping Andersen, G., (1999) *Social Foundations of Postindustrial Economies*, New York, Oxford University Press.
- Esping Andersen, G., (2002) "A child-centred social investment strategy", en G. Esping Andersen (ed.) *Why We Need a New Welfare State*, New York, Oxford University Press.

“Pobres y pobrezas de ayer y de hoy. Hacia...”

- Estrada, M., (coord.) (1999^a.) 1995. *Familias en la Crisis*, México D.F., CIESAS.
- Estrada, M., (1999b.) “En el límite de los recursos. El efecto de la crisis de 1995 en familias de sectores populares urbanos”, en M. Estrada (coord.) 1995. *Familias en la Crisis*, México D.F., CIESAS.
- González de la Rocha, M., (2001) “From the resources of poverty to the poverty of resources? The erosion of a survival model”, en *Latin American Perspectives*, 28 (4): 74-100.
- González de la Rocha, M., (2004) “Espirales de desventajas: pobreza, ciclo vital, y aislamiento social”. Mimeo.
- González de la Rocha, M., Jelin, E., Perlman, J., Roberts, B., Safa, H. y Ward, P., (2004) “From the marginality of the 1960s to the new poverty of today: a LARR Research Forum”, en *Latin American Research Review*, 39 (1): 183:203.
- Kaztman, R., (2002) “Convergencias y divergencias: exploración sobre los efectos de las nuevas modalidades de crecimiento sobre la estructura social de cuatro áreas metropolitanas en América Latina”, en Kaztman, R. y Wormald, G., (coords.) *Trabajo y Ciudadanía. Los Cambiantes Rostros de la Integración y la Exclusión Social en Cuatro Areas Metropolitanas de América Latina*, Montevideo, Cebra.
- Kaztman, R., y otros, (1999) *Vulnerabilidad, Activos y Exclusión Social en Argentina y Uruguay*, Santiago de Chile, I.L.O.
- Kessler, G., (2004) “De proveedores, amigos, vecinos y barderos. Acerca del trabajo, delito, y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires”, en *Desacatos. Revista de Antropología Social*, (14): 60-84.
- Maguire, M. y Maguire, S., (1997) “Young people and the labor market”, en MacDonald, R., (ed.) *Youth, Underclass, and Social Exclusion*, London, Routledge.
- Minujín, A., (ed.) (1992) *Cuesta Abajo. Los Nuevos Pobres: Efectos de la Crisis en la Sociedad Argentina*, Buenos Aires, UNICEF / Losada.
- Minujín, A. y Kessler G., (1995) *La Nueva Pobreza en Argentina*, Buenos Aires, Ed. Planeta.
- Oliveira, O. y Roberts, B. (1996) “Urban development and social inequality in Latin America”, en Gugler, J., (ed.) *The Urban Transformation of the Developing World*, New York, Oxford University Press.
- Paugam, S., (1995) “The spiral of precariousness: a multidimensional approach to the process of social disqualification in France”, in Room, G., (ed.)

Beyond the Threshold: The Measurement and Analysis of Social Exclusion, Bristol, The Policy Press.

- Portes, A. y Hoffman, K., (2003) "Latin America Class Structures: Their Composition and Change during the Neoliberal Era", en *Latin American Research Review*, 38 (1), pp.41-82.
- Prelorán, M., (1995) *Aguantando la Caída*, Buenos Aires, Ediciones Mutantia.
- Rodgers, G., (1995) "What is special about a social exclusion approach", en Rodgers, G., Gore, Ch., y Figueiredo, J., (eds.) (1995) *Social Exclusion: Rhetoric, Reality, Responses*, Geneva, International Institute for Labor Studies.
- Room, G., (1995) "Poverty and social exclusion: The new European agenda for policy and research", en Room, G., (eds.) *Beyond the Threshold: The Measurement and Analysis of Social Exclusion*, Bristol, The Policy Press.
- Salles, V. y Tuirán, R., (1996) "Mitos y creencias sobre la vida familiar", en *Revista Mexicana de Sociología*, 59 (2): 117-144.
- Saraví, G., (2002) *Youth and Social Vulnerability: Becoming Adult in Contemporary Argentina*. Tesis Doctoral, Departamento de Sociología, The University of Texas at Austin.
- Saraví, G., (2004^a) "Juventud y violencia en América Latina. Reflexiones sobre exclusión social y crisis urbana", en *Desacatos. Revista de Antropología Social*, (14): 127-142.
- Saraví, G., (2004^b) "Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural", en *Revista de la Cepal*, (83): 33-48.
- Schoon, I. y Bynner, J., (2003) "Risk and resilience in the life course: implications for interventions and social policies", en *Journal of Youth Studies*, 6 (1): 21-31.
- Sen, A., (1981) *Poverty and Famines: An Essay on Entitlements and Deprivation*, Oxford, Clarendon Press.
- Sen, A., (1983) "Poor, relatively speaking", en *Oxford Economic Papers*, 35: 153-169.
- Sen, A., (1995) *Inequality Reexamined*, Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Silver, H., (1995) "Reconceptualizing social disadvantage. Three paradigms of social exclusion", en Rodgers, G., Gore, Ch. y Figueiredo, J., (eds.) (1995) *Social Exclusion: Rhetoric, Reality, Responses*, Geneva, International Institute for Labor Studies.

“Pobres y pobreza de ayer y de hoy. Hacia...”

Townsend, P., (1979) *Poverty in the United Kingdom*, Harmondsworth, Penguin.

Townsend, P., (1993) *The International Analysis of Poverty*, New York, Harvester Wheatsheaf.

Wacquant, L., (2001) *Parias Urbanos; Marginalidad en la Ciudad a Comienzos del Milenio*, Buenos Aires, Manantial.

Yepez del Castillo, I., (1994) “A comparative approach to social exclusion: Lessons from France and Belgium”, en *International Labour Review*, 133 (5-6): 613-634.